

**CREADORES DE MITOS.
EL "ONZE DE SETEMBRE DE 1714" EN LA CULTURA
POLÍTICA DEL CATALANISMO (1833-1939)**

DAVID MARTÍNEZ FIOI
Llicenciat en Història

RESUMEN:

Este artículo analiza el proceso de creación y recreación del mito catalanista del Once de Septiembre. El autor subraya que la construcción simbólica de los sucesos que habían ocurrido durante el sitio de Barcelona de 1713 a 1714 no fue, en un principio, inspirada por principios nacionalistas. En el mismo sentido, David Martínez Fiol demuestra que existieron varias visiones de la Guerra de Sucesión española y el Once de Septiembre en el imaginario del catalanismo. El objetivo de este autor es demostrar que las interpretaciones políticas e históricas del Once de Septiembre estuvieron —y están— más condicionadas por situaciones políticas que por reflexiones historiográficas.

RESUM: *Creadors de mites. L'Onze de Setembre de 1714 en la cultura política del catalanisme (1833-1939)*

Aquest article analitza el procés de creació i recreació del mite catalanista de l'Onze de Setembre. L'autor subratlla que la construcció simbòlica dels fets escaiguts durant el setge de Barcelona de 1713-1714 no va ser, en un primer moment, inspirada per principis nacionalistes. En un mateix sentit, David Martínez Fiol demostra que varen existir diverses visions de la Guerra de Successió i l'Onze de Setembre en l'imaginari catalanista. L'objectiu d'aquest article és, doncs, provar que les diferents interpretacions de l'Onze de Setembre estaven —i estan— més condicionades per situacions polítiques que per reflexions historiogràfiques.

SUMMARY: *Myth makers. "1714, September 11th" in the political culture of catalanism (1833-1939)*

This article analyzes the processes of creation and recreation of the Eleventh Day of September's myth of catalanism. The author underlines that the symbolical construction of the events that had happened during the Barcelona's siege from 1713 to 1714 was not, at first, inspired by nationalistic principles. In the same way, David Martínez Fiol proves that various views of the War of the Spanish Succession and the Eleventh Day of September have coexisted in the imaginary of catalanism. His aim is to demonstrate that the historical and political interpretations of the Eleventh Day of September were —and are— more conditioned by political situations than by real historiographical reflections.

La cultura catalanista, por regla general, ha interpretado la historia de Cataluña en clave nacionalista. En este sentido, el nacionalismo catalán se esforzó, desde el último tercio del siglo XIX, en demostrar la existencia de una

nación catalana que se remontaba a la misma Edad Media. Lógicamente, la intelectualidad catalanista mitificó el pasado histórico catalán a partir de temas como la expansión de la Corona de Aragón en el Mediterráneo, la "buena salud" jurídica de las instituciones del Principado o el "buen gobierno" de los Condes Reyes de la Casa de Barcelona. Por contra, como todo nacionalismo, el catalán encontró sus enemigos exteriores en las pretensiones hegemónicas y autoritarias del reino de Castilla. Desde este punto de vista, el Compromiso de Caspe (1412) y la entronización de los Trastámaras en el gobierno de la Corona de Aragón permitía a los catalanistas culpabilizar a los castellanos de la "decadencia" de Cataluña, fechada por ellos mismos entre el siglo XIV y el XVIII. Sin embargo, habría de ser la derrota austriacista de 1714 la que marcara en el imaginario catalanista del siglo XX lo que Sempere i Miquel definió como el "Fin de la nación catalana". De esta forma, durante el primer tercio del siglo XX, la intelectualidad catalanista se esforzó, no sin ser víctima de múltiples contradicciones, en establecer el "Onze de Setembre de 1714" como la fecha insignia de sus reivindicaciones patrióticas. Así, la "Guerra de Successió" y la mítica fecha del "Onze de Setembre de 1714", permitirán analizar la ambigüedad de conceptos como catalanidad, españolidad, catalanismo, españolismo, nación o Estado y cómo evolucionaron a lo largo del siglo XIX hasta el final de la Guerra Civil en 1939 en la cultura política e histórica del catalanismo.¹

Medievalismo e historia local en la construcción del Estado nacional español

La recuperación de la historia y de la cultura de Cataluña que se realizó en la primera mitad del siglo XIX no formaba parte de una operación de tintes catalanistas, sino que, por contra, pretendía resaltar la especificidad histórico-cultural del Principado como un elemento integrante y enriquecedor de la nueva España liberal y nacional. Ciertamente, la ruptura con el absolutismo se fundamentó en un discurso en el que se exaltaba el espíritu de libertad y se cuestionaba el autoritarismo monárquico. Sin embargo, cuestionar el autoritarismo monárquico no significaba suprimir la institución real. Los liberales de Cádiz o el pronunciamiento de Riego siempre tuvieron en mente el mantenimiento de la monarquía: simplemente redefinieron el papel de la Corona, de la cual creían que debía abandonar su papel intervencionista para convertirse en una simple observadora del nuevo juego político. Así, políticos e intelectuales liberales concibieron la construcción del Estado-nación a partir de un vago antiautoritarismo que, en el marco de la ordenación territorial, debía traducirse en la necesidad

¹ Una aproximación al tema de los mitos de la época moderna en la historiografía y el nacionalismo catalán en A. Simon i Tarrés, "Els mites històrics i el nacionalisme català. La història moderna de Catalunya en el pensament històric i polític català contemporani (1840-1939)", *Manuscrits*, 12 (1994), pp. 193-212. Una panoràmica sobre el debat historiogràfic en torno al període modern en R. García Cárcel, "Historia social e historia nacional. Algunas reflexiones sobre la historiografía de las revueltas en la Cataluña Moderna", *Historia Social*, 20 (1994), pp. 47-66.

de vertebrar, en un plano de igualdad, el conjunto de territorios y antiguos reinos que formaban la monarquía hispánica. Para ello, se tendió a construir un pasado histórico medieval español que, inspirado en las corrientes románticas, cuestionase el papel hegemónico (y autoritario) de Castilla y resaltase, a través de la historia local y regional, la intervención histórica del resto de reinos hispánicos en la construcción nacional de España.

Sin embargo, no fueron los estudios eruditos los que únicamente contribuyeron a confeccionar el nuevo imaginario nacional-histórico español, sino también las novelas históricas de aventuras.² Por regla general, los autores de novelas históricas escribieron sobre temas medievales cercanos a su realidad geográfica. Así, en Cataluña, los novelistas mostraron muy poco interés por los temas de historia moderna (y, por tanto, por aquellos que a finales de siglo inspirarían la mitología catalanista) y se limitaron a la narración de episodios de la historia de la Cataluña Condal y de la Corona de Aragón.³ los ideales caballerescos de la Edad Media no cuestionaban la autoridad monárquica, pero las revueltas sociales de la Edad Moderna podían recordar el protagonismo popular de las bullangas de 1835-1837 y de 1840-1843. En definitiva, las diferentes familias liberales potenciaron o asumieron fórmulas más o menos centralizadoras como vías idóneas y modernas para contener la protesta social y la inestabilidad política generada por la Primera Guerra Carlista.⁴

En Cataluña, entre 1844 y 1868, el malestar contra Isabel II y el Partido Moderado se fundamentó, entre otros factores, en la crítica al modelo de Estado centralista, factor que permitió una cierta conexión entre progresistas y republicanos. Estos sectores políticos empezaron a utilizar referentes históricos de la Edad Moderna que sirviesen para cuestionar a la Reina y a la misma dinastía de los Borbones. Así, el republicanismo en Cataluña (y en menor medida el progresismo) encontró en la Guerra de Sucesión, Felipe V, la Ciudadela y los Mozos de la Escuadra unos referentes idóneos para ejemplificar la tiranía de Isabel II, de los Borbones y de la misma monarquía. Sin embargo, el discurso antiborbónico de los republicanos catalanes no tenía una estricta significación nacionalista catalana sino un carácter francófilo que reivindicaba la necesidad para España de una verdadera "Toma de la Bastilla": la Ciudadela de Barcelona podía jugar el papel de la mítica prisión parisiense.

² J. I. Ferreras, *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica (1830-1870)*, Madrid, 1976.

³ Ejemplifican esta tendencia, entre muchos otros, Pròsper de Bofarull, *Los condes de Barcelona vindicados* (1836), o Joan Cortada, *La heredera de Sanguni. Romance original del siglo XX* (1835) y *Las revueltas de Cataluña o El bastardo de Entença* (1838). Ver A. Carbonell, *Literatura catalana del segle XIX*, Barcelona, 1986 (El Biau Mari, 3), pp. 30 ss.

⁴ Sobre la centralización de la administración territorial ver J. Burgueño Rivero, *De la vegueria a la provincia. La formació de la divisió territorial contemporània als Països Catalans (1790-1850)*, Barcelona, 1995; y sobre la de los cuerpos de seguridad, D. López Garrido, *La Guardia Civil y los orígenes del Estado centralista*, Barcelona, 1982.

Antiborbonismo, republicanismo federal y catalanismo

Durante los dos primeros tercios del siglo XIX, la intelectualidad republicana y federal elaboró un cuerpo ideológico sumamente contradictorio. Si bien, por una parte, se definieron como francófilos por su reivindicación de la revolución francesa como revolución antiabsolutista y magnificaron el radicalismo social del jacobinismo; por otra, su admiración por el federalismo estadounidense y por la Confederación Helvética contrastaba con el centralismo jacobino. En último término, en el imaginario del republicanismo federal, la centralización era sinónimo de autoritarismo y éste era consubstancial a la monarquía. Así, si el republicanismo español adaptó el proceso revolucionario francés como modelo para la democratización de España fue, en parte, por el paralelismo que suponía la lucha contra una misma dinastía: la de los Borbones. En consecuencia, el republicanismo español exigió el fin de la monarquía y de la dinastía borbónica y la instauración de un régimen republicano, democrático y federal, que debería recoger la que entendían como auténtica tradición de autogobierno medieval de los diferentes pueblos y antiguos reinos de la Monarquía Hispánica, incluido Portugal.

Francisco Pi i Margall, considerado el teórico más relevante del federalismo español, puso de manifiesto, en un discurso pronunciado en las Cortes el 19 de mayo de 1869, la paulatina degradación física y mental de los monarcas españoles desde Carlos I hasta los Borbones, a los que consideraba unos depravados e inmorales. Una depravación que se había traducido en un aumento del autoritarismo monárquico. De esta forma, Pi i Margall destacaba a Carlos I y reivindicaba el fuerismo austriacista como una vía para vertebrar España a través de una voluntad democrática federal.⁵ Así, el federalismo catalán no dudó en señalar a Felipe V como el culpable directo de la pérdida de las libertades catalanas en 1714, además de instaurar en España una dinastía que en Francia había terminado en la guillotina. Mezclando fuerismo y radicalismo jacobino, el republicanismo federal catalán divulgó una cultura democrática que exigía la eliminación de todos los símbolos más evidentes del autoritarismo monárquico:

⁵ A. Jutglar, *Pi y Margall y el federalismo español*, vol. II, Madrid, 1976, pp. 866-867. Por otro lado, las reivindicaciones fueristas de Pi i Margall coincidían con las de los propios carlistas. De hecho, aunque los carlistas promocionaban un pretendiente Borbón sus aspiraciones antiliberales fueron apoyadas, a lo largo del siglo XIX, por un imperio de los Habsburgo que, desde 1815, se había convertido en el adalid del espíritu contrarrevolucionario en Europa; ilustrativo es J. Mundet i Gilre: *La Primera Guerra Carlina a Catalunya. Història militar i política*, Barcelona, 1990, pp. 148-149.

la Ciudadela y los Mozos de la Escuadra.⁶ Un discurso que prefiguraba temas y lugares comunes de la mitología catalanista.

En esta línea, durante la Primera República, el federal J. Narcís i Farreras elaboró un discurso muy similar al de Pi i Margall. En mayo de 1873, señaló en las páginas de *La Renaxensa* que la verdadera tradición catalana tenía raíces populares y republicanas como así lo demostraban las luchas de los remensas, los buscaires, los segadores y los austriacistas. Así, Roca i Farreras afirmaba en mayo de 1873:

I si tractem de reunir en una sola expressió i concepte aqueixes tradicions de la Catalunya catalana, anterior a la conquesta per Felip V, i si tractem d'expressar el tal concepte amb el llenguatge polític dels nostres temps, tradició autonòmico-republicano-democràtica l'anomenarem; tradició d'independència no com se vulla, no amb un rei absolut o poc limitat, no amb dominis aristocràtics, ni amb subjeccions eclesiàstiques; sino d'independència amb república i democràcia, d'autonomia com a Estat i d'estat organitzat republicanament i democràticament.⁷

Las palabras de Roca i Farreras no expresaban aspiraciones nacionalistas, sino las de un federalismo radical que proyectaba vertebrar una República Federal. En este sentido, hay que contextualizar las palabras de Roca i Farreras: el Estado, en el vocabulario federal, equivalía a la Región o la Comunidad Autónoma, mientras que la independencia simbolizaba el acto voluntario por el que un pueblo o antiguo reino de la Monarquía Hispánica decidía separarse de España para, nuevamente, integrarse de forma voluntaria y federada en la Nación Española. Es más, recogía las propuestas plasmadas en el Pacto de Tortosa que los federales catalanes habían firmado en 1869. Un Pacto que planteaba la configuración de una República Federal española sobre la base de los antiguos reinos medievales de la Monarquía Hispánica. Por esta razón, el Pacto de Tortosa pretendía mancomunar los antiguos reinos de la Corona de Aragón, pero sin ningún atisbo ni símbolo monárquico. En este sentido, el discurso político emanado del Pacto de Tortosa, al cual se había adherido Roca i Farreras, recogía gran parte de la posterior mitología catalanista, por la cual se criminalizaba a Felipe V como el autor de la pérdida de las libertades catalanas frente al autoritarismo borbónico. De esta forma, el desencanto producido por el fracaso de la Primera República condujo a Roca i Farreras a abandonar el republicanismo federal para adoptar el catalanismo. El discurso seguía siendo prácticamente

⁶ Por ejemplo, durante el proceso revolucionario de septiembre-octubre de 1868 se hizo público un cartel de origen anónimo que indicaba, entre otras exigencias, "Suprimir las iglesias/ Abajo la Ciudadela". Una exigencia que se acabó cumpliendo, véase M. Janué i Miret, *La Junta Revolucionaria de Barcelona de l'any 1868*, Barcelona, 1992, p. 30. Sobre la reivindicación republicana y anticontralista de disolución de los Mozos de la Escuadra, A. Rodríguez y E. Ucclay Da Cal, "La trajectòria dels mossos d'esquadra a la Catalunya contemporània", en *Els Mossos d'esquadra*, Barcelona, 1981, pp. 51-96.

⁷ J. N. Roca i Farreras, "La tradició de Catalunya", *La Renaxensa*, 8, 10-V-1873, en *id. El catalanisme progressiu*, ed. Jordi Llorens, Barcelona, 1983 (Biblioteca dels Clàssics del Nacionalisme Català, 2), p. 13.

el mismo. Cambiaba el concepto descentralizador del Estado: la fórmula ya no iba a ser la federación sino el autonomismo de inspiración irlandesa.⁸

Por su parte, Valentí Almirall, uno de los inspiradores del Pacto de Tortosa, protagonizó una evolución similar a la de Roca i Farreras e iba a definir el autonomismo como particularismo. Según Almirall, la estructura centralista del Estado español debía ser sustituida por una descentralizada en la que cada región o reino histórico adoptase el sistema político que más le conviniese, ya fuese por tradición o por necesidad. Así, señalaba que Castilla podía mantener su estructura monárquica, mientras que Cataluña podría adoptar una fórmula republicana moderna que potenciase su desarrollo industrial.⁹ En definitiva, el discurso catalanista de Almirall no era separatista ni antiespañol, sino anticastellano y antiautoritario. Almirall atribuía todos los males de España a un imperialismo castellano, manifiesto desde los tiempos de los Reyes Católicos hasta los Borbones. En el ámbito económico, Almirall afirmaba que el imperialismo castellano había acelerado la crisis del comercio catalán en los siglos XV-XVI: las causas se hallaban en los capitales que los Reyes Católicos exigieron a los mercaderes de Barcelona y Valencia con el objetivo de financiar los viajes de Cristóbal Colón al Nuevo Mundo. Paradójicamente, y lejos de la actual lógica catalanista, Almirall creía que Felipe V poco había hecho contra el comercio catalán. Sin embargo, si Almirall no "criminalizó" a Felipe V en el ámbito de la economía, sí que consideró funesta la herencia policial que legó al sistema liberal español a través de la pervivencia de los Mozos de la Escuadra:

Los *Mozos de escuadra* es un cuerpo de policía especial de Cataluña, suprimido a raíz de la Revolución de 1868, a causa de su historial, amasado de sangre y de horrores, y reorganizado al triunfar la Restauración, únicamente en la provincia de Barcelona, seguramente porque fue de esta provincia de donde partió la iniciativa de suprimirlo.¹⁰

Por tanto, Almirall, considerado frecuentemente como el padre intelectual del catalanismo, no formalizó la Guerra de Sucesión como el punto de partida de la pérdida de las libertades constitucionales e institucionales de Cataluña. De hecho, las tesis catalanistas de Almirall se dotaron de un remanente cultural republicano que, a partir de un discurso de aparente intransigencia nacionalista, en ningún momento cuestionó la ruptura del Estado Español. Pero lo que sí resultaba indudable, era que federales como Almirall y Roca i Farreras habían puesto los fundamentos de un discurso de marcado carácter nacionalista en el que la "Guerra dels Segadors" y "la Guerra de Successió" y "l'Onze de Setembre de

⁸ J.N. Roca i Farreras, *El catalanisme*, pp. VIII-IX.

⁹ Las tesis particularistas de Valentí Almirall fueron publicadas en sus libros *Lo Catalanisme* de 1885 y *L'Espagne telle qu'elle est* de 1886. Sobre la figura de Valentí Almirall, J. J. Trias Vejarano, *Almirall y los orígenes del catalanismo*, Madrid, 1975; y J. M. Figueres, *Valentí Almirall. Forjador del catalanisme polític*, Barcelona, 1990.

¹⁰ V. Almirall, *España tal como es (la España de la Restauración)*, prólogo de A. Juglar, Madrid, 1972, p. 99.

1714" iban a tener un puesto de notoria importancia. Un discurso que progresivamente iba a ser asumido y capitalizado por determinados sectores conservadores, católicos y filocarlistas catalanes al descubrir en el catalanismo una vía de redefinición política.

Austriacismo y catalanismo: la exaltación de la Cataluña "pairal"

Ciertamente, si el sistema de la Restauración certificó el fracaso de la experiencia "democrática" iniciada en septiembre de 1868, también puso de manifiesto en algunos círculos carlistas el agotamiento de la estrategia armada e insurreccional. Entre 1875 y 1881, federales y carlistas, opciones que habían apostado y apostaban por la descentralización del Estado, se quedaron momentáneamente fuera del juego político oficial impuesto por Cánovas del Castillo. Incluso empezaban a constatar, sobre todo los federales, un descenso de sus apoyos sociales. De esta forma, federales y carlistas catalanes iniciaron un proceso de reflexión que condujese al planteamiento de nuevas estrategias y al terreno de las reconsideraciones ideológicas.

Así, tal y como se ha constatado anteriormente, elementos aislados del federalismo propugnaron una vía de construcción descentralizada de España: un catalanismo que hiciese realidad la aspiración de la autonomía del Principado. En este sentido, Almirall y Roca i Farreras resaltaron la vertiente popular del catalanismo, que se traducía en la lucha de Cataluña contra Castilla como un combate que enfrentaba los valores democráticos catalanes contra el autoritarismo secular castellano. Sin embargo, a lo largo de los años ochenta, Almirall redefinió de una forma generosa el concepto popular del catalanismo, de tal forma que identificaba lo popular con el pueblo, siendo el pueblo sinónimo de todos los catalanes. Así, pese a que las clases medias, como "clase más dinámica" del Principado, debían asumir un papel protagonista, se hacía partícipes a obreros e industriales, propietarios y no propietarios de la lucha por la autonomía catalana: se trataba del concepto de Patria heredado de la Revolución Francesa, según el cual, la Patria eran todos. Este sentimiento patriótico de corte democrático iba acompañado de un discurso que identificaba el progreso político con el progreso económico y social.

A este efecto, Almirall organizó el Centre Català en 1881 y potenció, en 1885, la presentación a la Reina Regente de un denominado "Memorial de Greuges". Sin embargo, Almirall no atrajo a los federales al proyecto catalanista: el mismo año en que creó el Centre Català, se produjo la ruptura entre Almirall y Pi i Margall. Por otro lado, el federalismo había entrado en un proceso de crisis irreversible. De hecho, era el republicanismo posibilista de Emilio Castelar el que estaba recogiendo el voto útil de izquierdas en Cataluña; y los posibilistas (como los propios federales) se mostraron, no ya poco receptivos, sino beligerantes ante el catalanismo, ya que lo identificaban con el mundo carlista.

Esta identificación entre catalanismo y carlismo se fundamentó a partir de los apoyos reales que consiguió Almirall entre sectores profesionales de espíritu conservador y universitarios cuyas familias eran propietarios rurales de tradición carlista.¹¹

Progresivamente, el propio Almirall y el Centre Català quedaron eclipsados por los sectores más conservadores y apolíticos del catalanismo. Almirall nunca desestimó, a pesar de su oposición al sistema electoral de la Restauración, la posibilidad de que el catalanismo interviniese en política y concebía para la autonomía catalana un sistema parlamentario de representación corporativa. Los sectores conservadores y católicos preferían un catalanismo cultural y apolítico, centrado en la celebración de los Juegos Florales y en la reivindicación de un pasado institucional medieval que creían idílico. De esta forma, conectaban con la intelectualidad catalana liberal moderada de la primera mitad del siglo XIX: Milà i Fontanals o Antoni Bofarull. Sin embargo, apoliticismo, culturalismo y reivindicación de las instituciones de la Edad Media dieron paso a un cuerpo ideológico conservador y de signo antiparlamentario que conectaba con el espíritu neoforalista de los Habsburgo (por otro lado, nada alejado del que había defendido el carlismo en sus enfrentamientos armados contra el Estado liberal español).¹²

El catalanismo, controlado por sus sectores más conservadores, iba a configurar una síntesis ideológica a partir del federalismo, el carlismo y el austriacismo. Del federalismo y del carlismo se recogía todo el tema de los fueros catalanes. En segundo lugar, se criminalizaba a Felipe V como causante de la supresión del cuerpo institucional y constitucional de Cataluña y del conjunto de la Corona de Aragón entre 1707 y 1716. Seguidamente, el antifelipismo implicaba un discurso austriacista que reivindicaba la figura de Carlos III de Habsburgo sin responsabilizar al conjunto de la dinastía de los Borbones de las "maldades" de Felipe V. Esto explica, por ejemplo, que, a finales de 1874, el médico gerundense, Josep Ametller i Viñas, lejos de manifestarse catalanista, abogase por un retorno de Alfonso XII que significase la Restauración de los fueros catalanes. Se pedía a la línea dinástica isabelina que implantase el foralismo reivindicado por los carlistas. Y, a partir de esta percepción, hay que entender que Alfonso XII se mostrase cortésmente receptivo ante el "Memorial de Greuges" de 1885.¹³

Pero la muerte del monarca aquel mismo año condujo a la regencia de su viuda, María Cristina. La nueva coyuntura iba a permitir la consolidación entre los catalanistas conservadores de un discurso austriacista, aunque no antiborbóni-

¹¹ La ruptura entre Pi i Margall i Valentí Almirall en A. Juglar, *Pi i Margall*, vol. II, pp. 695-704. Las divisiones y rivalidades existentes en el republicanismo en Cataluña se hallan sistematizadas en A. Duarte, *El republicanisme català a la fi del segle XIX*, Vic, 1987.

¹² Un estudio de conjunto del catalanismo finisecular en J. Llorens, *La Unió Catalanista i els orígens del catalanisme polític*, Barcelona, 1992.

¹³ Ilustrativo es el poema del Dr. Josep Ametller i Viñas, "Tot esperant a lo Senyor Rey en la vila de Rosas", se encuentra reproducido en P. Vila, *La Renaixença a Girona*, pp. 38-39.

co (se ha de insistir en el sustrato carlista del mundo catalanista conservador): en la medida que la Regente era una Habsburgo, no parecía descabellado, a los ojos de los catalanistas, recuperar el mito del foralismo y del neoforalismo Habsburgo representado por Carlos II de España y el pretendiente Carlos III de Austria. Se reivindicó, en consecuencia, la implantación de una Monarquía Española dual formada por las Coronas de Aragón y de Castilla, unidas dinásticamente como en la época de los Austrias y que tenía un modelo contemporáneo evidente: el imperio Austro-Húngaro de la familia de los Habsburgo.¹⁴ Se impuso así un discurso que establecía una dicotomía entre buenos y malos reyes, fuesen Austrias o Borbones: entre los malos, la mítica y la mística catalanista encontró sus verdugos en Felipe IV y Felipe V, un Austria y un Borbón.

Por tanto, la "Guerra dels Segadors" y la "Guerra de Successió" se convirtieron en dos conflictos emblemáticos de lo que para los catalanistas significaba la resistencia de "toda" Cataluña frente a los excesos autoritarios, aunque no de la monarquía como decían los republicanos, sino de los "malos" monarcas. Se trataba de un discurso que entraba de lleno en el accidentalismo de las formas de gobierno y emblemático para el catalanismo conservador. Pero también era una forma de dimensionar la exaltación patriótica por encima de las diferencias y de los conflictos sociales. Por ejemplo, el catalanismo de fin de siglo, adherido básicamente a la Unió Catalanista, controlada por los conservadores y culturalistas, se esforzó por no incidir en el contenido social de la "Guerra dels Segadors", para reforzar, en cambio, el contenido patriótico de la contienda: para los propietarios y los hijos de propietarios rurales, los "desmanes" insurreccionales de los "segadors" provocados por los "allotjaments", no eran del agrado de un sector social de orden y conservador. Por esta razón, consideraron más coherente dar un mayor protagonismo a la figura de un líder carismático, defensor y salvador de la patria, que no a unos sectores populares "revolucionarios" que, en la nueva interpretación, iban a ocupar un papel más secundario basado en la fidelidad y obediencia a sus dirigentes. Desde este punto de vista, se entiende el protagonismo que, en la literatura histórica catalanista, iba a recoger la figura de Pau Claris. Incluso, la voluntad de dotarse de un himno nacional para Cataluña estuvo marcada por la búsqueda de una música y una letra que no incidiese en las aristas sociales. Durante el último tercio del siglo XIX, se aceptó "Els Segadors" como posible himno catalán; sin embargo, se convocaron diversos concursos para cambiar su letra tradicional. En primer lugar, porque la letra tradicional, en su origen una canción de taberna, recogía una visión gráficamente "sanguinaria". Y, en segundo lugar, la letra primigenia evidenciaba que los campesinos catalanes no habían violentado exclusivamente

¹⁴ E. Ucelay Da Cal, "«El mirall de Catalunya»: models internacionals en el desenvolupament del nacionalisme i del separatisme català, 1875-1923", *Estudios de Historia Social*, 28-29 (1984), pp. 213-219.

a las autoridades virreinales, sino también a los gobernantes de las instituciones forales del Principado.¹⁵

La animadversión que, en el catalanismo finisecular, producía el tema social, entendido desde un punto de vista radical, debe situarse en una coyuntura marcada por emblemáticos atentados anarquistas en el Teatro del Liceo (1893) o en la Procesión del Corpus (1896) y por la conflictividad social que la crisis de la filoxera desencadenó en el campo catalán. Ante esta coyuntura, los catalanistas adoptaron un discurso "civilista" que pretendía integrar el proceso latente de modernización industrial y urbana con el mantenimiento de las costumbres y las formas de vida tradicionales del campo catalán. Su lógica les condujo a concretar cuál había de ser el marco institucional de la Cataluña autónoma: la recuperación de las antiguas Cortes medievales vertebradas en brazos y estamentos. Ciertamente, su adaptación al nuevo marco socio-económico, implicaba la sustitución de los viejos brazos estamentales por nuevas categorías socio-profesionales como industriales o propietarios. En definitiva, una sociedad corporativa y antiparlamentaria que controlase el proceso de modernización y sus consiguientes tensiones sociales.¹⁶

Sin duda, la "Guerra de Successió" encajaba mucho mejor en estos planteamientos que la "Guerra dels Segadors". La insurrección de 1705 no evidenciaba un protagonismo popular tan evidente como el de 1640. Al mismo tiempo, permitía elaborar un discurso que remarcaba el patriotismo de los defensores de las constituciones e instituciones catalanas, mientras que se anatematizaba a los que se mostraron partidarios de Felipe V. Se iba concretando la distinción, en la cultura catalanista, que resaltaba la dicotomía existente entre los "buenos" y los "malos" catalanes, complementando la distinción entre los "buenos" y los "malos" reyes para Cataluña. Así, se identificaba como "buenos" catalanes a aquéllos que se destacaron en la lucha e, incluso, que sacrificaron sus vidas frente a los denominados "botiflers" o partidarios del D'Anjou, como podían ser Rafael Casanova o Josep Moragues. En este sentido, Àngel Guimerà destacó en la poesía *Lo cap d'en Josep Moragues* (1887), la figura del militar austriacista, uno de los defensores de Barcelona en 1714, por su condición de mártir y, por tanto, por ser un personaje susceptible de concitar admiración y ejemplo patriótico para los catalanes, ya que había dado su vida por la causa de las libertades del Principado. Y al mismo tiempo que sobredimensionaba al general Moragues, Guimerà lo contraponía a los denominados catalanes traidores, definidos como "Nissaga desvalguda."¹⁷ Paradigmático de este discurso glorificador de las virtudes patriótico-militares de los "buenos" catalanes fue el libro de Pilar Maspons i Labrós, firmado con el pseudónimo Maria de Bell-Iloc,

¹⁵ J. Massot i Muntaner *et al.*, *Els Segadors. Himne nacional de Catalunya*, Barcelona, 1993, pp. 15-30.

¹⁶ La concreción de este proyecto social y político en Llorens, *La Unió Catalanista i els orígens*, pp. 144-167.

¹⁷ A. Guimerà, "Lo cap d'en Josep Moragues", reproducida en *Homenatge al General Moragues. Heroi de Catalunya*, Barcelona, 1991, pp. 85-89.

y publicado en 1878, *Vigatans i botiflers*. La obra, que recogía el espíritu de la novela de aventuras del siglo XIX para ofrecer un cuadro epopéyico de la lucha austriacista contra la opresión felipista, narraba las peripecias del adolescente Guillem, hijo de una familia campesina de fidelidad austriacista, que es enviado a casa de su tío de Barcelona con el objetivo de que complete su formación vital y profesional.¹⁸

En esta línea, hay que destacar también la glorificación de la figura del Conseller en Cap, Rafael Casanova, durante el sitio de Barcelona (1713-1714). Sin embargo, la edificación de la estatua que ha servido de punto de referencia de las celebraciones del "onze de setembre", no tuvo un origen propiamente catalanista. La construcción de su estatua fue una iniciativa del Ayuntamiento de Barcelona en 1886, siendo su alcalde el liberal y antiguo progresista, Rius i Taulat.¹⁹ Así, el liberalismo fusionista y conservador catalán seguía, en los años de la Restauración, recogiendo la tradición historicista de los primeros años de la revolución liberal. Curiosamente, la tradición historicista de la revolución liberal y la cultura catalanista finisecular encontraron numerosos puntos en común que permitieron creer a estos últimos que todos los habitantes de Cataluña, hasta las mismas autoridades de la Restauración, pensaban en clave catalanista, una percepción que se ha mantenido hasta los años noventa del siglo XX. La paradoja residía en el hecho de que ambas culturas políticas, la liberal y la catalanista, no cuestionaban España sino que tenían percepciones diferentes sobre su vertebración. Sin embargo, la crisis colonial de 1898 permitió concretar un discurso nacionalista radical que exigía la propiedad exclusiva para el catalanismo de mitos como el "Onze de Setembre", Rafael Casanova o la "Guerra dels Segadors".

Las contradicciones de la hegemonía regionalista: entre el imperialismo y el antimilitarismo

Si, a lo largo del siglo XIX, las diferentes guerras coloniales habían favorecido que en la metrópoli arraigase la creencia de que Cuba, Puerto Rico, Filipinas o el norte de Marruecos formaban parte de España, reforzando, al mismo tiempo, la conciencia de una nación española, la nueva pérdida de las colonias, en 1898, golpeó la validez de la construcción del Estado nacional liberal.²⁰ Todo el esfuerzo por definir qué era España quedaba nuevamente

¹⁸ Pilar Maspons i Labrés era hermana del folclorista Francesc Maspons i Labrés y del político conservador canovista Marià Maspons i Labrés. Representaban un regionalismo conservador y cultural alejado de toda reivindicación de tipo nacionalista. Un esbozo biográfico de los tres hermanos en *Gran Enciclopèdia Catalana*, vol. 14, Barcelona, 1989, pp. 478-479.

¹⁹ Sobre los orígenes del monumento a Rafael Casanova, J. Crexell, *El monument a Rafael Casanova*, Barcelona, 1985, pp. 19-38.

²⁰ De hecho, la sociedad catalana, en general, participó, durante la segunda mitad del siglo XIX, de un cierto entusiasmo imperialista español, tanto en las campañas de Marruecos (1859-1860 y

cuestionado: ¿por qué se separaban Cuba, Puerto Rico y Filipinas? ¿Era un problema de mal gobierno? Porque si era un problema de mal gobierno, ¿era un problema del gobierno liberal o de la clase política de la Restauración Alfonsina? ¿O, simplemente, la intelectualidad liberal había sido incapaz de definir y explicar qué era la nación española? Este tipo de preguntas se resumieron en la clásica expresión "El problema de España".²¹

Una vía de superación de la crisis post-colonial pasó por la redefinición de España como Estado y Nación. Los regionalismos finiseculares pretendieron articular nuevas visiones de España o, simplemente, ofertar viejas ideas bañadas con argumentos modernos; ofertas, por regla general, contradictorias y enfrentadas entre sí. Mientras los denominados regionalismos periféricos, principalmente de Cataluña y País Vasco, aspiraban a una vertebración descentralizada del Estado español, el regionalismo castellano asumía una idea centralista de España, identificando la noción de España con la de Castilla. De hecho, existía en el regionalismo castellano un notable contingente de miembros del Partido Liberal que rechazaban como la peste cualquier propuesta autonomista. Al margen de la analogía entre modernidad y centralización asumida por el Partido Liberal Fusionista, otra de las razones que explican su actitud refractaria frente a los nacionalismos se encuentra en la negativa experiencia que supuso para el gobierno Sagasta el conceder, en plena crisis colonial, un Estatuto de Autonomía a Cuba; sobre todo, porque no impidió la derrota ante los EE.UU. y los independentistas antillanos y filipinos. La necesidad de justificar su patriotismo, condujo a los liberales a mimar excesivamente al ejército: suya fue la Ley de Jurisdicciones de 1906.²²

Para el regionalismo catalán fue fácil identificar la España de Alfonso XIII con el militarismo, el autoritarismo y Castilla. Así, entre 1902 y 1923, la Lliga Regionalista o la Unió Federal Nacionalista Republicana (UFNR) no tuvieron problemas para elaborar un discurso regionalista en el que una Cataluña antimilitarista, civilista e industrial asumía la misión de modernizar el Estado español, arrancándole todos sus "tics" autoritarios de origen castellano. En todo caso, hay que señalar que fueron los regionalistas conservadores quienes hegemonizaron el discurso catalanista, imponiendo en Cataluña, a través de las Diputaciones Provinciales y de la Mancomunitat, un estilo y un proyecto político,

1895) como en las guerras antillanas (1868-1878 y 1895-1898). Ver C. Serrano, *Final de Imperio. España 1895-1898*, Madrid, 1984.

²¹ B. de Riquer i Permanyer, "La débil nacionalización española del siglo XIX", *Historia Social*, 20 (1994), pp. 97-114; y del mismo autor "Reflexions entorn de la débil nacionalització espanyola del segle XIX", *L'Aveng*, 170 (1993), pp. 8-15.

²² Fue el Partido Liberal, desde el gobierno, el que se negó a aceptar la propuesta de una Mancomunitat para Cataluña en 1911-1913. De igual forma, en 1918-1919, el gobierno Romanones se opuso a la demanda catalanista de un Estatuto de Autonomía, alentada por las independencias de los pueblos del Este de Europa y Balcánicos a raíz de la caída del Imperio Austro-Húngaro y Ruso; ver E. Ucelay Da Cal, "La Diputació i la Mancomunitat: 1914-1923", en *Història de la Diputació de Barcelona*, vol. II, Barcelona, 1987, pp. 50-63 y 93-139.

económico y cultural conocido como Noucentisme. Un proyecto, por otro lado, sumamente contradictorio. Por ejemplo, Prat de la Riba, líder e ideólogo de la Lliga Regionalista, anatematizó con contundencia cualquier celebración del "Onze de Setembre". Para Prat de la Riba, el "Onze de Setembre" simbolizaba una derrota y, por tanto, un pueblo que aspiraba a hacerse un puesto en un mundo marcado por la Segunda Revolución Industrial y la carrera imperialista no podía presentarse en España ni en las tribunas internacionales a través de una historia forjada en derrotas. Por esta razón, Prat prefería la Edad Media catalana, de la cual destacaba la expansión imperialista de Jaume I y Pere el Gran. La negativa de Prat a la conmemoración del "Onze de Setembre" se fundamentaba en su cosmovisión conservadora y de hombre de orden. Para el que fue Presidente de la Mancomunitat entre 1914 y 1917, la "Guerra dels Segadors" y la "Guerra de Successió" evidenciaban el triunfo de los sectores exaltados de la sociedad catalana de su época frente a los catalanes de "seny"; de los radicales frente a los moderados, que no eran sinónimo de pactistas.²³

Sin embargo, aunque Prat de la Riba criticase y rechazase el "Onze de Setembre" por sus características maximalistas y derrotistas; por otro lado, la Lliga no pudo obviar el significado patriótico que le confirieron sus bases, simpatizantes y votantes. Ciertamente, la Lliga, antes de deteriorar su imagen catalanista en 1923 al dar apoyo al general Primo de Rivera, no negligió el discurso del nacionalismo radical en la medida que le servía para presionar al gobierno del Estado: por un lado, exageraba la fuerza del sentimiento separatista en Cataluña; y, por otro, los regionalistas afirmaban que, con su espíritu moderado, eran los únicos capaces de frenar los radicalismos nacionalistas. De esta forma se establecía la siguiente paradoja: los nacionalistas radicales, aunque en apariencia se mostraban contrarios al posibilismo regionalista, daban su voto a la Lliga por considerarlo el voto útil catalanista; y, como consecuencia, la Lliga hubo de asumir paternalmente los "aixalabraments" (atolondramientos) de los jóvenes sectores separatistas, así como algunos de sus referentes temáticos como pudo ser el "Onze de Setembre".²⁴

Hay que resaltar que la celebración del "Onze de Setembre" como "diada" nacional de Cataluña tuvo sus orígenes entre los círculos nacionalistas radicales. El hecho que desencadenó el sistematismo de su conmemoración se produjo el 11 de septiembre de 1901, cuando una cincuentena de individuos afines a la Unió Catalanista decidió depositar coronas de flores en la estatua de Rafael Casanova. Mientras realizaban su homenaje patriótico fueron detenidos y encarcelados por la policía. Ante lo que ellos consideraron una agresión del

²³ Paradigmático es E. Prat de la Riba, "1714. Els Hèroes Martres", *La Veu de Catalunya*, 11-IX-1910, reproducido en *La commemoració de l'Onze de setembre a Barcelona*, Barcelona, 1994, pp. 51-52.

²⁴ No hay que olvidar que las Joventuts Nacionalistes de la Lliga, aunque socialmente conservadoras, eran un vivero de nacionalistas radicales; ver J. Casassas i Ymbert, *Jaume Bofill i Matés (1878-1933)*, Barcelona, 1980; y del mismo autor "Els quadres del regionalisme. L'evolució de la Joventut Nacionalista de la Lliga fins el 1914", *Recerques*, 14, Barcelona, 1983, pp. 7-32.

opresor castellano, decidieron fundar una entidad con el significativo nombre de "La Reixa", cuyo objetivo principal debía ser el de celebrar anualmente el "Onze de Setembre": en primer lugar, como recuerdo de su encarcelamiento; y, en segundo lugar, como homenaje a los "héroes" del sitio de Barcelona de 1714.²⁵

No obstante, la aceptación del "Onze de Setembre" por parte del conjunto del mundo catalanista exigió, en las dos primeras décadas del siglo XX, un esfuerzo para consensuar su contenido temático. Un contenido que permitiese a los regionalistas aceptar palabras como rebelión e insurrección sin que contradijeran su visión conservadora del orden social. Todos mostraron su conformidad en que el "Onze de Setembre" simbolizaba la lucha por la defensa del autogobierno y la rebelión contra el autoritarismo castellano. Pero esta rebelión debía entenderse en un sentido antimilitarista y lejano del insurreccionismo: era una rebelión defensiva contra la agresión castellana. Fue un discurso coyuntural que permitió presentar la Solidaritat Catalana y su éxito electoral de 1907 como una insurrección pacífica del pueblo catalán. Sin embargo, esta insurrección pacífica estaba plagada de referentes claramente militares que favorecieron la glorificación de los defensores de Barcelona en 1714.²⁶ Paradigmático de este estado de cosas fue la publicación, en 1912, del libro de Josep Rafael Carreras i Bulbena, *Villarroel, Casanova, Dalmau. Defensors heroics de Barcelona en el setge de 1713-1714*.²⁷ Un libro que enfatizaba el carácter interclasista de la lucha contra el absolutismo borbónico y, por tanto, la rebeldía de Cataluña contra el militarismo castellano. Es más, justificaba la participación de Cataluña en la "Guerra de Successió" porque era una guerra defensiva como consecuencia de una agresión exterior. La defensa de Barcelona en 1713-1714 quedaba legitimada, momentáneamente, porque los publicistas catalanistas habían encontrado el recurso ideológico políticamente correcto: el discurso liberal y civilista, identificado con la República Francesa y la "República Coronada" Británica, que condenaba las guerras de agresión, pero que, al mismo tiempo, justificaba cualquier opción armada de contenido defensivo. Era una adaptación a los discursos, tanto "militaristas" como "pacifistas", de pre-Guerra Mundial matizados y mediatizados por los conflictos balcánicos de 1912-1914; y que tuvieron su continuación en plena Gran Guerra. De hecho, durante el conflicto mundial, la mayor parte del mundo catalanista se declaró aliadófilo, ya que interpretaban que Francia había sido agredida por los Imperios Centrales, caracterizados por su militarismo y autoritarismo. Un simbólico contingente de catalanes combatió en las filas de la Legión Extranjera francesa contra los Imperios Centrales, hecho que permitió a la publicística

²⁵ J. Colomer, *La temptació separatista a Catalunya. Els orígens (1895-1917)*, Barcelona, 1995, pp. 34-41.

²⁶ E. Ucelay-Da Cal, "Violencia simbólica y temática militarista en el nacionalismo radical catalán", *Ayer*, 13 (1994), pp. 237-264.

²⁷ Existe una reedición de 1995 que reproduce la de 1912 en J. R. Carreras i Bulbena, *Villarroel, Casanova, Dalmau. Defensors heroics de Barcelona en el setge de 1713-1714*, Barcelona, 1995.

nacionalista aliadófila interpretar que la guerra contra Alemania era también la guerra contra la monarquía alfonsina porque era germanófila y militarista. Se perseguía como objetivo final forzar una reforma democrática y descentralizada del Estado español patrocinada por los Aliados. La praxis militar de los soldados catalanes en la Legión Extranjera consolidó entre los sectores catalanistas un paradójico discurso militarista de corte pacifista, que permitía distinguir entre militares "buenos" y "malos". Paradigma del militar "malo" fue la oficialidad del ejército español: pendenciera, autoritaria y agresiva. Ejemplo de militar "bueno" y demócrata fue Francesc Macià. No hay que olvidar que la Solidaritat Catalana significó la entrada en la escena política catalanista de un Macià que, siendo coronel de ingenieros, abandonó el ejército a raíz del establecimiento de la Ley de Jurisdicciones.²⁸

Las ambivalencias y ambigüedades de los diferentes discursos catalanistas, que habían permitido, entre 1906 y 1919, plataformas unitarias como la Solidaritat Catalana, la campaña por la Mancomunitat, la Asamblea de Parlamentarios de 1917 y la campaña del Estatuto en 1918-1919, fueron insuficientes en la coyuntura de crisis social de 1919-1923. Los nacionalistas radicales, entre los que ya se contaba Francesc Macià, definieron claramente que la insurrección catalana no pasaba ya por movimientos cívicos y electorales sino por la vía irlandesa: es decir, sublevación armada de carácter popular a la cual creían que debía sumarse la CNT.²⁹ Semejante propuesta había de escandalizar a los líderes regionalistas, que se mostraban muy preocupados por los atentados perpetrados por los anarquistas y por la actuación paramilitar del ejército, la policía y los Sindicatos Libres. En este sentido, la celebración del "Onze de Setembre" cambió de matiz para regionalistas, republicanos y nacionalistas radicales: si para unos era una celebración pacífica, para los últimos se convertía en una actitud de fuerza en la que la esperada actuación represiva de la policía podía conducir a una indignada rebelión nacionalista. Sin embargo, los incidentes que protagonizaron los sectores separatistas durante la celebración del 11 de septiembre de 1923 no condujeron a la rebelión catalanista, sino que facilitaron y justificaron el pronunciamiento militar que, dos días después, encabezó el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera.

Ante la radicalización social y nacionalista, los regionalistas conservadores acabaron por romper el consenso establecido en torno a los temas más característicos de la mítica catalanista. Una ruptura que se extendió al ámbito político y que se tradujo en el apoyo de la Lliga a la solución militar del general Primo de Rivera. Una actitud que se hizo extensiva en las polarizadas elecciones municipales de abril de 1931, cuando la Lliga jugó la baza identificada como

²⁸ D. Martínez Fiol, *Els "voluntaris catalans" a la Gran Guerra (1914-1918)*, Barcelona, 1991.

²⁹ En el verano de 1917 existieron unos primeros contactos entre Macià i el líder cenetista Àngel Pestaña, ver E. Ucelay Da Cal, *La Catalunya populista*, Barcelona, 1982, p. 90. Una interpretación más amplia en E. Ucelay Da Cal, "El nacionalisme català i la resistència a la dictadura de Primo de Rivera 1923-1931," 2 vols., tesis doctoral, UAB, 1983.

monárquica y antirrepublicana.³⁰ Como consecuencia de este posicionamiento netamente conservador, la visión del “Onze de Setembre” que asumió definitivamente la intelectualidad regionalista recogió plenamente las tesis de Prat de la Riba y se concretó en la interpretación que sobre el tema dio a conocer Ferran Soldevila en su *Història de Catalunya* publicada en 1935.

Apología regionalista en las tesis soldevilianas

La coyuntura que fue testimonio de la aparición de la obra de Soldevila estuvo marcada por el fin momentáneo de la hegemonía política de la Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) a raíz del fracaso de la insurrección de octubre de 1934 y por el paso del control de la Generalitat a manos de militares y coaliciones de lerrouxistas, cedistas y regionalistas. Es más, la Lliga aportó como presidentes de la Generalitat a Joan Maluquer i Viladot i Fèlix Escalas i Chamení.³¹ En este periodo, los dirigentes e intelectuales de la Lliga se esforzaron, como ya lo habían hecho durante el primer bienio republicano, en acusar a ERC de haber secuestrado el catalanismo y haberlo convertido en símbolo exclusivo de los sectores radicales y de izquierda. En este sentido, la obra de Soldevila recogía todos los tópicos del discurso catalanista conservador. Soldevila ofrecía una interpretación del “Onze de Setembre” y de la “Guerra de Successió” que conectaba con las palabras que al respecto había escrito Prat de la Riba en 1910: la crítica a los catalanes que en 1713 decidieron continuar la guerra contra Felipe V en lugar de buscar soluciones más pactistas que hubiesen salvado algo del orden constitucional catalán.

El análisis de Soldevila estaba sumamente influido por los acontecimientos políticos que habían ocupado la vida española y catalana del periodo 1931-1934. En abril de 1931 se había proclamado la Segunda República que dio paso, en septiembre de 1932, a un régimen autonómico para Cataluña. En este sentido, el espíritu que embargó a las izquierdas catalanas y catalanistas se caracterizó por resaltar que la instauración de la República y la recuperación de las libertades catalanas había sido fruto de una “revolución pacífica”. Sin embargo, cuando en 1933-1934 los lerrouxistas formaron gobierno con el apoyo parlamentario de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), las izquierdas republicanas y obreristas manifestaron su nerviosismo, ya que, según decían, la República había sido secuestrada por los “fascistas”. Creyeron que se imponía un movimiento popular en defensa de los ideales del 14 de abril de 1931. Este “nerviosismo” estalló en octubre de 1934, cuando la entrada de la CEDA en el

³⁰ Sobre este juego de identificaciones ver E. Ucelay Da Cal, *La Catalunya populista*, pp. 114-120.

³¹ *La Generalitat de Catalunya. I. Els Governos*, ed. Ismael Pitarch, Barcelona, 1976, pp. 211-213. Un libro apologético de la actuación de gobierno autonómico de la Lliga en 1935 es el de J. Costa i Deu y J. Rovira, *Joan Vallès i Pujals a la conselleria d'obres públiques de la Generalitat. Reportatge de l'obra que ha de transformar Catalunya*, Barcelona, 1936.

gobierno central condujo a la revolución obrera de Asturias y al pronunciamiento de la Generalitat dirigido por Lluís Companys. La acción de Companys se tradujo en una llamada a todos aquellos que, en España, quisieran defender, desde Cataluña, el espíritu del 14 de abril de 1931, mientras proclamaba, en el más clásico discurso federalista, "l'Estat Català dins la República Federal" española.

Soldevila, que escribió su libro con el apoyo financiero de Cambó y que formaba parte de los sectores más conservadores de Acció Catalana, se sumó a las apreciaciones que destacaban como aventura sin sentido y sin planificación la acción de Companys y del gobierno de la Generalitat. Y es en función de este panorama político que hay que analizar la interpretación que Soldevila dio a conocer en 1935 sobre la "Guerra de Successió". Una interpretación que identificaba la actitud maximalista d'ERC en octubre de 1934 con la del brazo popular en 1713. Así el título del capítulo XXXIII poseía unas claras referencias a los hechos y al lenguaje político de octubre de 1934: "La caiguda de Barcelona i la fi de l'Estat Català Autònom".³² Y, por otro lado, justificaba el papel de la Lliga ante los hechos de octubre de 1934 y su actuación a lo largo de 1935, actuación caracterizada por formar gobiernos de la Generalitat con lerrouxistas y cedistas.

En definitiva, Soldevila defendió en su obra la línea "pactista" con Felipe V, que, en 1713-1714, quisieron seguir los brazos militar y eclesiástico. Línea "pactista" del pasado histórico que legitimaba la que sí siguieron los regionalistas en 1935 y que les permitió obtener el control de una Generalitat disminuida de competencias estatutarias. Por esta razón, resulta significativa la apología que Soldevila realizó sobre la adecuación de Cataluña en el régimen absolutista borbónico instaurado en 1716 y que parecía semejarse a la que los regionalistas conservadores habían realizado en el periodo de gobierno radical-cedista:

La força d'aquests reductes supremes de l'esperit nacional de Catalunya —la terra, la tradició, l'idioma, la ciutat— no fou utilitzada conscientment, ni gairebé, podríem dir, activament, pels catalans. Aqueixa força, no sols passiva, sino actuant, va obrar per propi impuls elemental. Els catalans, si algun esforç conscient van dur a la lluita, fou per ajudar l'obra de desnacionalització. La tendència a intervenir en la política espanyola, i fins i tot a dirigir-la, que s'inicia en el regnat de Carles II i culmina, amb l'esforç per a donar un rei a Espanya, en la guerra de Successió, havia finit tan desastrosament per a Catalunya, que haurà de passar més d'un segle ans no es renovi. Sembla com si, de la mateixa manera que *després de la guerra separatista va nèixer en l'esperit dels catalans la idea d'intervenció en la direcció d'Espanya, d'assimilar-s'hi, d'esborrar, doncs, la diferenciació existent, profunda encara. Ni Estat a part ni Estat hegemònic no havien resultat assolibles: els catalans anaven a assajar d'esdevenir "província"*.³³

³² F. Soldevila, *Història de Catalunya*, vol. II, Barcelona, 1935, p. 394.

³³ F. Soldevila, *Història de Catalunya*, vol. III, pp. 2-3. El subrayado en cursiva es mío.

Las últimas frases, remarcadas por el subrayado, dejan clara constatación de lo que era una apología, en clave histórica, de la adecuación de la Lliga en un régimen autonómico tan paradójico como el de 1935: existía la Generalitat pero con las competencias autonómicas suspendidas. Es más, se justificaba la trayectoria política que desde su fundación en 1901 había realizado la Lliga Regionalista (Lliga Catalana desde 1933), marcada por la necesidad de que Cataluña interviniese en la política española. Pero también la reivindicación del marco institucional en el cual la Lliga había puesto en marcha su proyecto Noucentista: la Mancomunitat, caracterizada por unas competencias de carácter puramente administrativo y que había funcionado entre 1914 y 1925.

Ciertamente, acontecimientos claves en el discurso resistencialista y radical del catalanismo, como la revuelta de 1640 o el sitio de Barcelona de 1714, tienen un tratamiento ambivalente, entre la crítica y la comprensión. Crítica porque representaban, para los regionalistas conservadores, el espíritu del maximalismo nacionalista; y comprensiva porque, en el fondo, se sublevaron por Cataluña. Pero también condujo a una inversión de la percepción del fenómeno catalanista: si hasta 1931 la Lliga se identificó con el movimiento catalanista, comportando que la opinión pública catalana lo identificara mayoritariamente como un movimiento conservador y reaccionario, la coyuntura republicana, dominada por ERC, iba a permitir que el catalanismo fuese percibido como un fenómeno progresista. Así, la legitimación de la Generalitat republicana comportó la exaltación y divulgación de un "Onze de Setembre" que resaltase el protagonismo de las masas, pero un protagonismo positivo y controlado.

Rovira i Virgili o el discurso republicano políticamente correcto

En septiembre de 1932 fue aprobado el Estatuto de Autonomía para Cataluña. En la celebración del "Onze de Setembre" de aquel mismo año, Antoni Rovira Virgili, dirigente de Acció Catalana, escribió en su órgano de expresión, *La Publicitat* que

La commemoració de l'Onze de setembre ha deixat d'ésser un gemec de dolor. Ha deixat d'ésser també un sospir de desig. És, enguany, un crit de victòria. Una victòria civil, incruenta... Al capdavall, els vençuts del 1714 han estat els vencedors. La causa que Rafel Casanova defensà és essencialment la causa catalana que ha entrat en el seu període victoriós. Mentrestant, tota l'obra de Felip V, del vencedor material d'aquella guerra, es trenca i s'enfonsa. El tron dels Borbons és fet estelles.³⁴

Eran unas palabras que contrastaban con las que había pronunciado en 1913, en una coyuntura en la que Rovira, aunque formaba parte de la Unió Federal Nacionalista Republicana, se sentía, al mismo tiempo, enormemente atraído por

³⁴ A. Rovira i Virgili, "1714-1932. La realitat d'enguany", *La Publicitat*, 11-IX-1932, reproducido en *La commemoració*, p. 56.

el proyecto noucentista de la Lliga. Rovira había despreciado los hechos del sitio de Barcelona de 1714 por significar una derrota y ser consecuencia de una guerra dinástica y no de una guerra verdaderamente nacionalista como pudo ser la revuelta dels Segadors de 1640.³⁵ Sin embargo, en 1932, Rovira i Virgili puso las bases de lo que iba a ser su reconversión a un nuevo Noucentisme, el que Enric Ucelay Da Cal definió como "noucentisme de masses."³⁶ Es decir, una Esquerra Republicana de Catalunya que, dirigida por el carismático Francesc Macià, iba a reconducir el elitismo del proyecto regionalista conservador hacia una vertiente más popular. Lo cual no significaba una ruptura respecto a los elementos que siempre habían definido por igual a las diferentes familias catalanistas: el civilismo y el sentido del orden. Ciertamente, Macià y los dirigentes de la Esquerra se esforzaron por definir el 14 de abril de 1931 como una revolución republicana, pero pacífica. Esta vocación gubernamental y de orden pero progresista, insistía en la necesidad de que el pueblo catalán debía mostrar su civismo actuando con sensatez. En este sentido, la Esquerra, desde la Generalitat, se esforzó por desmarcarse del insurreccionalismo cenetista al cual combatió sin reparar en medios. El maximalismo de la CNT forzó a los republicanos catalanistas a adoptar un discurso de orden, que invocando al espíritu civil catalán, logró notables similitudes con el discurso de orden de la Lliga.

Este espíritu de moderación atrajo al proyecto de Esquerra a liberales como Rovira i Virgili, el cual, en 1933, abandonó Acció Catalana y entró en ERC. Sin embargo, los hechos políticos del bienio 1933-1935 le permitieron matizar su nueva visión político-histórica de la "Guerra de Successió". En diciembre de 1933 murió Macià y asumió la presidencia de la Generalitat Lluís Companys. Mientras nadie, ni en ERC ni en los círculos nacionalistas radicales contrarios a ERC, cuestionó el nacionalismo de Macià, Companys nunca fue considerado como un verdadero catalanista. Su obsesión por atraerse al nacionalismo radical, tanto de las JEREC como de las formaciones extraparlamentarias le condujo, a lo largo de 1934, a un callejón sin salida, que concluyó con los hechos del 6 de octubre de 1934 y el encarcelamiento de la mayor parte del gobierno de la Generalitat. En esta coyuntura, la publicística nacionalista radical se esforzó por utilizar la simbología histórica catalanista más significativa para cuestionar un gobierno central en manos de los lerrouxistas, acérrimos enemigos en el Principado de la causa catalanista durante las dos primeras décadas del siglo.

Y si los hechos del 6 de octubre de 1934 inspiraron en clave regionalista la interpretación de Ferran Soldevila, también lo hizo en clave republicana la que Rovira i Virgili ofreció, en 1936, en el *Resum d'història del catalanisme*. A diferencia de Soldevila, la interpretación de Rovira justificó la sublevación de la

³⁵ Esta tesis se halla reproducida en el capítulo "Corpus de Sang", escrito de 1913 y que fue incluido por Rovira i Virgili en su libro de 1915 *Debats sobre'l catalanisme*, editado en Barcelona por la Societat Catalana d'Edicions.

³⁶ E. Ucelay Da Cal, *La Catalunya populista*, pp. 121-134.

Generalitat en 1713-1714 con el fin de hacer lo mismo respecto a la de octubre de 1934:

És possible que els catalans d'aquell temps cometessin greus errors, i avui són molts els patriotes que els retreuen d'haver-se posat al costat de la casa d'Àustria i contra la de Borbó, i d'haver mostrat una ideologia més aviat regionalista que no pas nacionalista. Però és evident que la principal preocupació d'aquells catalans, o d'una bona part d'ells, era, no el litigi dinàstic, *ans la conservació de les llibertats de Catalunya, que van creure amenaçades per Felip d'Anjou.*³⁷

Ciertamente, en octubre de 1934, existió un sentimiento mayoritario entre las izquierdas catalanistas y obreras, no sólo de que las libertades catalanas estaban en peligro, sino también la misma República. Un sentimiento que se hizo intensamente real con la sublevación militar de julio de 1936 y que condujo a Rovira, en 1937, a dar un sentido radicalmente político y coyuntural a su interpretación histórica del "Onze de Setembre":

No. No és el lleialisme vers Carles d'Àustria allò que va dur a l'alt heroisme i a l'exemplar sacrifici els catalans del 1714. La significació vera i profunda d'aquell moment és la d'uns homes que donen el màxim valor a la doble llibertat individual i col·lectiva... En cada segle, en cada dinastia, en cada època, Catalunya s'ha alçat contra els poders absoluts, opressors, reaccionaris o totalitaris. I és que ella ha estat, és i serà democràtica, igualitària, progressiva i liberal. Podem dir que Catalunya ha rebutjat sempre el feixisme sota les formes que aquest ha revestit històricament. Joan II, Felip IV, Felip V representaven en el fons, allò mateix que avui representa Franco.³⁸

La resistencia contra las tropas franquistas encontró en el "Onze de Setembre" todo un símbolo de la resistencia contra el fascismo. Entendiendo el fascismo como la expresión última y moderna del autoritarismo castellano, los publicistas republicanos, liberales y separatistas exaltaron entre 1936 y 1939 el carácter civilista, antimilitarista y antiautoritario del catalanismo. El antimilitarismo debía ser entendido, tal y como ya se había puesto de manifiesto en 1914-1918, como una crítica a la guerra agresiva y de conquista; y, en la lógica de los catalanistas pro-republicanos, el objetivo de los "rebeldes" era agredir y conquistar Cataluña. Pero, por otro lado, este discurso antimilitarista poseía una notable retórica militar fundamentada en la consigna revolucionaria del "pueblo (catalán) en armas". Al mismo tiempo, el discurso de una Cataluña en peligro iba acompañado, como ya era habitual, de una terminología que, en la forma, daba a entender las posibles aspiraciones independentistas del Principado. La realidad demostraba que esas posibles aspiraciones independentistas fueron cosa de una minoría, además, muy marginal. Y es que la paradoja de los diversos sectores catalanistas del primer tercio del siglo XX residió en el contraste

³⁷ El libro fue publicado en 1936 por Editorial Barcino. La presente cita es de la edición A. Rovira i Virgili, *Resum d'història del catalanisme*, Barcelona, 1983, p. 70.

³⁸ A. Rovira i Virgili, "La significació del 1714", *La Publicitat*, 11-IX-1937, reproducido en A. Rovira i Virgili, *Quinze articles. Viatge a la URSS*, Barcelona, 1985, pp. 48-49.

existente entre sus consignas nacionalistas y sus reales aspiraciones: se sirvieron de una conceptualización propia de los nacionalismos que aspiraban a tener un Estado, cuando, en realidad, sólo aspiraban a una amplia autonomía o a una estructura federal de España. De hecho, los sectores republicanos federales siguieron utilizando, entre 1900 y 1939; el concepto de Estado como sinónimo de región o, en expresión de los actuales años noventa, de comunidad autónoma. Sin embargo, el independentismo surgido en los años sesenta y setenta reinterpretó el Estado Catalán de los federales y el Estat Català de Macià como su aspiración por dotar a la nación catalana de un Estado independiente. Este tipo de reinterpretaciones en clave ultranacionalista, efectuadas en el último tercio del siglo XX, han servido para fundamentar lo que se ha dado en llamar Historia Nacional de Cataluña.

Conclusiones

La resistencia contra las tropas franquistas encontró en el "Onze de Setembre" todo un símbolo de la resistencia contra el fascismo. Una simbología que pervivió en la oposición antifranquista catalana y de signo catalanista. La coyuntura represiva del franquismo consolidó, por tanto, el "Onze de Setembre" como la principal fecha histórico-patriótica del catalanismo, especialmente por la equivalencia trágica que descubrieron entre la derrota de 1714 y la de 1939.

En este sentido, lo que estas páginas han pretendido demostrar es que las interpretaciones y visiones históricas y políticas del "Onze de Setembre" han estado más condicionadas por las respectivas coyunturas políticas que por verdaderas reflexiones historiográficas. Ciertamente, los historiadores y publicistas catalanes y catalanistas crearon y recrearon sus mitos nacionales en función de la coyuntura histórica en la cual se desarrollaron. Así, los liberales decimonónicos encontraron en el "Onze de Setembre" un ejemplo más de la lucha contra el autoritarismo en España, como lo fue en su día la lucha de los Comeneros o de las Germanías: sus mitos tenían un contenido nacional español. Mientras que, durante el primer tercio del siglo XX, las diferentes familias del catalanismo lucharon entre sí por hegemonizar el emergente movimiento nacionalista y, por tanto, imponer su propia mitología. Este carácter emergente explica, en parte, la inexistencia, en el movimiento catalanista, de unos lugares comunes verdaderamente fijos, como pueden ser la celebración de una misma "diada" o compartir un mismo himno: Por ejemplo, durante la Segunda República existieron dirigentes de ERC que manifestaron muy poco interés porque fuese "Els Segadors" el himno nacional de Cataluña.³⁹

³⁹ J. Massot i Muntaner *et al.*, *Els Segadors*, pp. 19-60.